

situación. No me atrevía á arrojar la menor exclamación, por miedo á que se me espantase la bella vecina, ni á hacer el más pequeño movimiento por miedo á caer á la calle.

Á pesar de todas las precauciones, se me escapó un suspiro; pero aun tuve tiempo para retener la mitad; el resto se lo llevó un céfiro que pasaba. Asi pude contemplar á mis anchas á la bella soñadora, sostenido en aquella peligrosa posición por la esperanza de oírla cantar todavía. Desgraciadamente la romanza se había concluído, y mi maldita suerte quiso que desde aquel momento la interesante joven guardase el silencio más absoluto. Por fin, después de haber esperado mucho tiempo, me creí con derecho para dirigirle la palabra; la cuestión se reducía á encontrar algo digno de ella y de los sentimientos que me había inspirado. ¡Ah! ¡cuánto sentí en aquellos momentos no haber terminado mi dedicatoria en verso! ¡Cómo la hubiese aplicado á propósito en aquella circunstancia! Sin embargo, no por esto me abandonó mi presencia de ánimo. Inspirado por la dulce influencia de los astros, y más aún por el vehementemente deseo de triunfar cerca de una bella, tosi ligeramente para advertirla y para hacer más armonioso el sonido de la voz, y le dije de la manera más afectuosa que pude:

¡Qué magnífico tiempo hace esta noche!

CAPÍTULO XVIII

Ya me parece que estoy oyendo á la señora de Hautcastel, que nada me perdona, pedirme cuenta de la romanza de que he hablado en el capítulo anterior. Por la primera vez de mi vida, me veo en la dura necesidad de negarme á toda explicación. Si yo incluyera dicha composición en mi viaje, no faltaría quien me creyese autor de ella, lo cual me atraería, recordando aquella mi teoría acerca de la necesidad de las contusiones para provocar la inspiración, más de una broma que á toda costa quiero evitar. Continuaré, pues, el relato de mi aventura con mi amable vecina, aventura cuya inesperada catástrofe, así como la delicadeza con que supe llevarla adelante, son motivos sobrado poderosos para interesar á todos los lectores. Pero antes de saber lo que ella me respondió y cómo fué recibido el ingenioso requiebro que le dirigí, debo contestar de antemano á ciertas personas que se creen más elocuentes que yo, y que me condenarán implacablemente por haber empezado la conversación de una manera tan trivial en su manera de sentir. Voy á probarles que, si en una ocasión tan importante hubiese querido demostrar agudeza, habría faltado abiertamente á las reglas de la prudencia y del buen gusto. Todo aquel que entra en conversación con una hermosa diciendo una palabra

bonita ó haciendo un cumplido, por lisonjero que éste sea, deja entrever unas pretensiones que no deben aparecer hasta que tengan algún fundamento. Por otra parte, si rebusca las frases, prueba que desea adquirir cierto realce y que se acuerda menos de su dama que de él mismo. Ahora bien : las mujeres quieren ser personalmente atendidas; y aunque no hagan siempre exactamente las mismas reflexiones que yo acabo de escribir, poseen, sin embargo, un sentido exquisito y natural que les enseña cómo una frase trivial, dicha con el solo objeto de entablar la conversación y de acercarse á ellas, vale mil veces más que un rasgo de ingenio inspirado por la vanidad, y mucho más aún (por extraño que parezca) que una epístola dedicatoria en verso. Todavía más : sostengo (aunque se tome mi pensamiento como una paradoja) que ese talento ligero y brillante de la conversación no es necesario siquiera en unas largas relaciones, si es realmente el corazón quien las ha producido ; y á pesar de todo cuanto dicen las personas que sólo han amado á medias, acerca de los largos intervalos que dejan entre sí los vivos sentimientos del amor y de la amistad, la verdad es que el día resulta siempre corto para el que lo pasa al lado de la persona amada, y que el silencio es tan interesante como la conversación.

Califíquese de la manera que se quiera mi disertación, lo cierto es que yo no encontré nada mejor para decir desde el peligroso punto en que me encontraba, que las palabras en cuestión. Apenas las hube pronunciado, cuando el alma se trasladó por completo al tím-

pano de mis orejas para percibir y recoger hasta el último de los sonidos que esperaba oír. La hermosa joven levantó la cabeza para mirarme ; sus largos cabellos se desplegaron como un velo y sirvieron de fondo á su rostro encantador que reflejaba la misteriosa luz de las estrellas. Ya se entreabría su boca, y sus dulces palabras se aproximaban á los labios... Pero. ¡ Oh, cielo ! ¡ cuál fué mi sorpresa y mi terror !... Se oyó un ruido siniestro.

— ¿ Qué hace usted ahí, señora, á estas horas ? Entrad, dijo una voz varonil y sonora desde el interior de la casa.

¡ Me quedé petrificado !

CAPÍTULO XIX

Tal debe ser el ruido que llena de terror á los culpables, cuando delante de ellos se abren de pronto las ardientes puertas del Tártaro. Tal debe ser también el que producen bajo las bóvedas del infierno las siete cataratas de la Estigia, de que se han olvidado de hablar los poetas.

CAPÍTULO XX

Un fuego fatuo atravesó el espacio en aquel momento, y desapareció casi en seguida. Mis ojos, á quienes la

claridad del metéoro había desviado un instante, se volvieron hacia el balcón, y ya no pudieron ver otra cosa que la diminuta chinela. Mi vecina, al retirarse tan precipitadamente, se había olvidado de recogerla. Contemplé largo rato aquel lindo molde de un pie digno del cincel de Praxiteles, con una emoción cuya intensidad no me atrevería á confesar; pero lo que quizá parezca muy singular y de lo que no podría darme tampoco razón, es que una atracción invencible me impedía separar de aquel objeto los ojos, á pesar de los esfuerzos que hacía para llevarlos á otro punto.

Dice el vulgo que cuando una serpiente mira á un ruiseñor, la desgraciada avecilla, víctima de un encanto irresistible, se ve obligada á aproximarse al voraz reptil. Sus rápidas alas no le sirven más que para conducirla á su perdición, y cada esfuerzo que hace para alejarse, la aproxima al enemigo que la persigue con su inevitable mirada.

Este mismo efecto producía en mí la linda chinela, sin que pueda yo decir, sin embargo, cuál de los dos, si la chinela ó yo, era la serpiente, pues según las leyes de la física, la atracción debía ser recíproca. La verdad del caso es que la funesta influencia no era un juego de mi imaginación. Yo me sentía tan realmente y tan poderosamente atraído, que estuve dos veces á punto de soltar la mano y dejarme caer.

Sin embargo, como el balcón adonde quería ir no estaba exactamente debajo de mi ventana sino algo ladoado, comprendí perfectamente que la fuerza de gravitación descubierta por Newton, combinándose con la

atracción oblicua de la chinela, me hubiera hecho seguir en la caída una diagonal, yendo así á parar á una garita que, desde la altura en que me hallaba, no me parecía más grande que un huevo, de suerte que mi objeto se habría irremediamente frustrado. Me cogí, pues, con mayor fuerza á la ventana, y haciendo un esfuerzo de resolución, conseguí levantar los ojos y mirar al cielo.

CAPÍTULO XXI

Costárame gran trabajo explicar y definir con exactitud la especie de placer que experimentaba en aquella circunstancia. Todo lo que puedo afirmar es que no tenía nada de común con el que me había hecho sentir, momentos antes, el aspecto de la vía láctea y del estrellado cielo. Sin embargo, como en las situaciones más apuradas de mi vida me ha gustado siempre darme cuenta de lo que pasa en mi alma, quise en tal ocasión formarme una idea bien clara del placer que puede experimentar un hombre honrado cuando contempla la zapatilla de una dama, comparado con el placer que le hace disfrutar la contemplación de las estrellas. Para conseguirlo, busqué en el cielo la constelación más visible. Si no me engaño era Casiope la que se encontraba sobre mi cabeza, y acto continuo empecé á mirar de la constelación á la zapatilla y de la zapatilla á la

constelación. Entonces comprendí que estas dos sensaciones eran de muy diferente naturaleza: la una residía en la cabeza, mientras que la otra me parecía tener su residencia en la región del corazón. Pero lo que no me atrevo á decir sin experimentar alguna vergüenza, es que la atracción que me arrastraba hacia la chinela encantada absorbía todas mis facultades. El entusiasmo que me había producido, momentos antes, el aspecto del cielo estrellado, no existía ya en mí sino débilmente, y pronto desapareció por completo al oír que se abría de nuevo el balcón, y al ver que un piececito, más blanco que el alabastro, se adelantó suavemente y se apoderó de la chinela. Quise hablar; pero como no tuve tiempo para prepararme como la vez primera, ya no pude encontrar mi ordinaria presencia de ánimo, y oí cómo se cerraba la puerta del balcón antes de haber imaginado alguna cosa para provocar la conversación.

CAPÍTULO XXII

Los anteriores capítulos creo que bastarán para contestar victoriosamente á cualquiera inculpación de la señora de Hautcastel que no ha tenido inconveniente en censurar mi primer viaje, so pretexto de que en todo él no hay una ocasión propicia para enamorar. No podría decir otro tanto de este segundo viaje; y aunque la aventura con mi bella vecina no haya llegado muy

lejos, puedo asegurar que en ella encontré mayor satisfacción que en otras muchas circunstancias de mi vida en las que me había imaginado ser muy feliz, porque me faltaba punto de comparación. Cada uno disfruta de la vida á su manera; pero yo creo que faltaría á los deberes que me impone la benevolencia del lector, si le ocultase un descubrimiento que hasta aquí ha contribuído mucho más que cualquiera otra cosa á mi felicidad (á condición, no obstante, de que esto ha de quedar entre nosotros). Se trata nada menos que de un nuevo método de enamorar, mucho más ventajoso que el precedente, sin tener ninguno de sus numerosos inconvenientes. Este invento se halla destinado especialmente á las personas que adopten mi nueva manera de viajar, y por lo mismo, me creo obligado á consagrar algunos capítulos á su instrucción.

CAPÍTULO XXIII

Había observado, en el curso de mi vida, que, cuando me enamoraba por el método ordinario, mis sensaciones no respondían jamás á mis esperanzas, y mi imaginación se veía burlada en todos sus planes. Reflexionando esto con atención, pensé que si me fuera posible extender el sentimiento que me lleva al amor individual á todo el sexo que lo motiva, me procuraría goces nuevos sin comprometerme de ningún modo.

¿Qué reproche, en efecto, podría hacerse á un hombre que se hallase provisto de un corazón bastante fuerte para amar á todas las mujeres amables del universo? Sí, señora; yo las amo á todas; y no amo solamente á las que conozco ó espero encontrar, sino á todas las que existen en la superficie de la tierra. Más aún: amo á todas las mujeres que han existido y á las que existirán, sin contar un número todavía mayor que mi imaginación saca de la nada: todas las mujeres posibles, en fin, están comprendidas en el vasto círculo de mis afecciones.

¿Por qué injusto y extraño capricho encerraría á un corazón como el mío en los estrechos límites de una sociedad? ¿Qué digo! ¿Por qué circunscribir su impulso á los límites de un reino ó de una república?

Sentada al pie de una encina batida por la tempestad, una joven viuda india, mezcla sus suspiros al ruido de los vientos desencadenados. Las armas del guerrero á quien amaba están suspendidas sobre su cabeza, y el ruido lúgubre que producen al chocar entre sí despierta en su corazón el recuerdo de su dicha pasada. Sin embargo, el rayo surca las nubes, y la lívida luz de los relámpagos se refleja en sus inmóviles ojos. Mientras la hoguera que debe consumirla se eleva, sola, sin consuelo, en el estupor de la desesperación, espera una muerte espantosa, que una cruel preocupación le hace preferir á la vida.

¿Qué dulce y melancólico placer no siente un hombre sensible al aproximarse á esta infortunada para consolarla! Mientras sentado sobre la hierba, á su lado,

procuro disuadirla del horrible sacrificio, y mezclando mis suspiros á los suyos y mis lágrimas á sus lágrimas, me esfuerzo en distraerla de sus dolores, toda la ciudad corre á casa de la señora de A..., cuyo marido acaba de morir de un ataque de apoplejía. Resuelta también á no sobrevivir á su desdicha, insensible á las lágrimas y á los ruegos de sus amigos, se deja morir de hambre; y desde esta mañana, en que imprudentemente han venido á darle aquella noticia, la desgraciada no ha comido más que un bizcocho, ni ha bebido más que una copita de Málaga. No dedico á esa mujer desgraciada más que la atención indispensable para no quebrantar las leyes de mi sistema universal, y me alejo en seguida de su casa, porque soy naturalmente celoso, y no quiero comprometerme con el contacto de esa multitud de gente que para todos los males encuentran facilísimo consuelo.

Las bellezas desgraciadas tienen particularmente derechos sobre mi corazón, y el tributo de sensibilidad que yo les debo no debilita el interés que siento por las que son dichosas. Esta disposición de mi ánimo varía hasta el infinito mis placeres, y me permite pasar de la tristeza á la alegría, y de un sentimental reposo á la exaltación.

Á menudo también finjo intrigas amorosas en la historia antigua y borro líneas enteras en los viejos registros del destino. ¿Cuántas veces no he detenido la mano parricida de Virginio y salvado la vida á su infortunada hija, víctima á la vez del exceso del crimen y del de la virtud! Este suceso me llena de terror cada vez

que reaparece á mi pensamiento : no me extraña que fuera origen de una revolución.

Espero que las personas razonables, así como las almas compasivas, me agradecerán que haya arreglado este asunto amigablemente ; y todo hombre que conozca un poco el mundo, juzgará como yo, que si hubiesen dejado hacer al decemviro, aquel hombre apasionado no habría dejado de hacer justicia á la virtud de Virginia : los padres hubieran tomado cartas en el asunto ; el padre de Virginia al fin se hubiera apaciguado, y el matrimonio se habría realizado en todas las formas requeridas por la ley.

Pero ¿qué habría sido del desgraciado amante abandonado ? ¿Qué ganó el amante con aquella muerte ? Con todo, ya que queréis compadeceros de su suerte, os haré saber, mi querida María, que seis meses después de la muerte de Virginia, estaba, no solamente consolado, sino muy dichosamente casado, y que después de haber tenido varios hijos, perdió á su mujer y se volvió á casar, seis semanas más tarde, con la viuda de un tribuno del pueblo. Estas circunstancias, ignoradas hasta hoy, han sido descubiertas y descifradas en un manuscrito palimpsesto de la biblioteca Ambrosiana por un sabio anticuario italiano. Ellas aumentarán desgraciadamente con una página la abominable y ya demasiado larga historia de la república romana.

CAPÍTULO XXIV

Después de haber salvado á la interesante Virginia, rehuyo modestamente su gratitud ; y siempre deseoso de servir á las bellas, aprovecho la obscuridad de una noche lluviosa y voy á abrir furtivamente la tumba de una joven vestal, á quien el senado romano ha tenido la barbarie de mandar enterrar viva por haber dejado apagarse el fuego sagrado de Vesta ó bien pudiera ser quizá por haberse quemado en él ligeramente. Camino en silencio por las tortuosas calles de Roma con el encanto interior que precede á las buenas acciones, sobre todo cuando no están exentas de peligro. Evito con cuidado el Capitolio por miedo de despertar á los gansos, y deslizándome á través de los guardias de la puerta Colina, llego felizmente á la tumba sin ser descubierto.

Al ruido que hago al levantar la lápida que la cubre, la infortunada levanta su desmelenada cabeza del suelo húmedo del sarcófago. La veo, á la luz de la lámpara sepulcral, lanzar á su alrededor extraviadas miradas : en su delirio, la desgraciada víctima cree estar ya en las orillas del Cocyto.

— ¡Oh, Minos! exclama, ¡oh, juez inexorable! Yo amé, es verdad, sobre la tierra, contra las leyes severas de Vesta. Si los dioses son tan bárbaros como los hom-

bres, ¡abre, abre para mí los abismos del Tártaro! porque amaba y amo todavía.

— No, no; tú no estás aún en el reino de los muertos; ven, joven infortunada, reaparece en la tierra, renace á la luz y al amor.

Sin embargo, cojo su mano ya helada por el frío de la tumba; la levanto en mis brazos, la estrecho contra mi corazón y la arranco, por fin, de aquel horrible lugar, palpitante de terror y de agradecimiento.

Libraos bien de creer, señora, que un interés personal fuera el móvil de esta buena acción. La esperanza de interesar en mi favor á la bella ex-vestal no entra para nada en todo lo que hago por ella, porque así volvería al antiguo método: puedo asegurar, ¡palabra de viajero! que mientras ha durado nuestro paseo desde la puerta Colina hasta el sitio en que se encuentra ahora la tumba de los Escipiones, á pesar de la obscuridad profunda y en los instantes mismos en que su debilidad me obligaba á sostenerla en mis brazos, no he cesado de tratarla con todas las consideraciones y el respeto debidos á sus desgracias, y la he devuelto escrupulosamente á su amante, que la esperaba en el camino.

CAPÍTULO XXV

Otra vez, conducido por mis sueños, me encontré por casualidad en el raptó de las sabinas; vi con mucha sorpresa que los sabinos tomaban la cosa de una manera

muy distinta de lo que cuenta la historia. No comprendiendo nada de aquel tumulto, ofrecí mi protección á una mujer que huía; y no pude menos de reír acompañándola, cuando oí á un sabino furioso exclamar con el acento de la desesperación:

— ¡Dioses inmortales! ¿Por qué no habré traído mi mujer á la fiesta?

CAPÍTULO XXVI

Además de la mitad del género humano por la que siento tan vivo afecto, — ¿me atreveré á decirlo? ¿se me creerá? — mi corazón se halla dotado de tanta ternura, que todos los seres vivientes y hasta las mismas cosas inanimadas alcanzan una buena parte de esa estimación. Amo los árboles que me dan sombra, y los pájaros que trinan en el follaje, y el grito nocturno del mochuelo, y el ruido de los torrentes: lo amo todo... hasta á la luna.

Veo que os reís, señorita: nada más fácil que ridiculizar los sentimientos que no se experimentan; sin embargo, los corazones que se parezcan al mío me comprenderán.

Si: siento en realidad una verdadera estimación hacia todo lo que me rodea. Amo los caminos por donde paso, la fuente donde bebo; no puedo separarme sin cierto pesar de la rama que por casualidad he arrancado en algún seto: la miro aún después de haberla

arrojado... es que habíamos ya trabado conocimiento. Echo de menos las hojas que caen y hasta el céfiro que pasa. ¿En dónde se halla, Elisa, el que agitaba tus cabellos negros, cuando sentada á mi lado en la orilla del Dora, la víspera de nuestra eterna separación, me mirabas poseída de un triste silencio? ¿Dónde está tu mirada? ¿Dónde, aquel instante doloroso y querido?

¡Oh tiempo! ¡Oh terrible divinidad! No es tu cruel guadaña lo que me espanta, sino tus horribles hijos, la indiferencia y el olvido, que hacen de las tres cuartas partes de nuestra existencia una muerte prolongada.

¡Ay! aquel céfiro, aquella mirada, aquella sonrisa se hallan tan lejos de mí como las aventuras de Ariadna; ya no quedan en el fondo de mi corazón más que nostalgia y vanos recuerdos: ¡triste mezcla sobre la que mi vida sobrenada aún, como un bajel destrozado por la tempestad flota algún tiempo todavía sobre el agitado y turbulento océano!...

CAPÍTULO XXVII

... Hasta que, introduciéndose el agua poco á poco por entre las rotas tablas, desaparezca sepultado en el abismo el desgraciado barco; las olas le recubren, la tempestad se calma, y el alción azota con sus alas la llanura tranquila y solitaria del inmenso piélago.

CAPÍTULO XXVIII

Me veo obligado á dar por terminada aquí la explicación de mi nuevo modo de enamorar, porque advierto que la nota se ha ido haciendo harto sombría. No estará fuera de lugar, sin embargo, el que añada aún algunas aclaraciones á este descubrimiento, que no conviene generalmente ni á todos los hombres ni á todas las edades. No aconsejaría á nadie que á los veinte años lo ponga en práctica; el mismo inventor no lo usaba en dicha época de la vida. Para sacar de él todo el partido posible, se necesita haber experimentado todos los sinsabores de la vida sin descorazonarse y haber gozado de todos los placeres sin hastío. ¡Cuán difícil es esto! Es muy útil, sobre todo, en esa edad en que la razón nos aconseja que renunciemos á los hábitos de la juventud, y puede servir de intermedio y de tránsito insensible entre el placer y la experiencia. Este cambio, según lo han observado todos los moralistas, es muy difícil, y pocos hombres tienen la noble entereza de realizarlo con ánimo sereno. Muchas veces, después de haber dado el paso, se aburren en la otra orilla y repasan el foso con los cabellos canos, poseídos de la mayor vergüenza. Esto es lo que pueden evitarse sin trabajo, siguiendo mi nuevo sistema de enamorar. Con efecto, la mayor parte de nuestros placeres

no son otra cosa que un juego de imaginación; y es preciso presentarle un alimento inocente para desviarla de los objetos á que debemos renunciar. Con esto hacemos, á poca diferencia, lo que con los niños: darles juguetes para que dejen los dulces. De esta suerte se tiene tiempo para afirmarse en el terreno de la prudencia sin advertirlo siquiera, y se llega á él por el camino de la locura, lo cual facilita su acceso á muchas personas.

Creo, pues, que no me he equivocado en la esperanza de ser útil que me ha hecho tomar la pluma, y no me queda ya sino defenderme del sentimiento natural de amor propio que podría legítimamente experimentar revelando á los hombres este género de verdades.

CAPÍTULO XXIX

Espero, mi querida Sofia, que todas estas confidencias no os habrán hecho olvidar la incómoda posición en que me habéis dejado al borde de mi ventana. La emoción que me había causado la vista del precioso pie de mi vecina duraba aún, y me encontraba más que nunca dominado por el peligroso encanto de la zapatilla, cuando un suceso imprevisto vino á sacarme del riesgo en que me hallaba de caer á la calle desde un quinto piso. Un murciélago que daba vueltas al rede-

dor de la casa, y que viéndome inmóvil durante tanto tiempo me tomó, al parecer, por una chimenea, vino de súbito á dar contra mí y á agarrarse á mi oreja. Sentí en la mejilla el horrible frescor de sus húmedas alas. Todos los ecos de Turín contestaron al furioso grito que proferí muy á pesar mío. Los centinelas más lejanos dieron el *quién vive*, y oí en la calle la marcha precipitada de una patrulla.

No me costó gran trabajo abandonar la vista del balcón, que ya no conservaba para mí ningún atractivo. El frío de la noche se había apoderado de mí, y un ligero temblor me recorrió desde la cabeza á los pies. Procuré abrigarme bien, y al hacerlo, pude observar con sentimiento que la sensación del frío, unida á la embestida del murciélago, había bastado para cambiar de nuevo el curso de mis ideas. La mágica chinela no hubiera tenido sobre mí en aquel momento mayor influencia que la cabellera de Berenice ó de cualquiera otra constelación. En seguida me puse á reflexionar acerca de lo insensato que era el pasar la noche expuesto á la intemperie, en vez de atender la voz de la naturaleza, que nos manda dormir. Tan sólo la razón se agitaba en aquel momento en mi interior, y me hizo ver todo esto comprobado como una proposición de Euclides. Por último, perdí de pronto la imaginación y el entusiasmo, y quedé entregado á la triste realidad. ¡Existencia deplorable! ¡Tanto valdría ser un árbol seco en medio de un bosque, ó bien un obelisco en medio de una plaza!

¡Qué extraños son, me decía, estos dos mecanismos